

Vano es el arte de la fuga

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 62

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA  
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

www.elboomeran.com

DUMITRU ȚEPENEAG

# Vano es el arte de la fuga

Traducción de BORJA MOZO MARTÍN

KRK EDICIONES • 2022

© Dumitru Țepeneag

© de la traducción, Borja Mozo Martín

© de esta edición, Krk Ediciones

www.krkediciones.com

Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo

ISBN: 978-84-8367-739-1

D.L.: AS-399-2022

Grafinsa. Oviedo

## Índice

### INTRODUCCIÓN

Dumitru Țepeneag, atracción centrífuga  
por Borja Mozo Martín . . . . . 9

1. Escribir a contratiempo: estética (y) política. . . . . 17

2. Escribir entre dos tiempos:  
del surrealismo al textualismo . . . . . 34

3. Tiempo contra espacio:  
la novela como aporía del movimiento . . . . . 60

4. Escribir a destiempo:  
el legado onirista y la condición anacrónica . . . . . 81

5. Sobre esta edición . . . . . 94

VANO ES EL ARTE DE LA FUGA . . . . . 97

Vano es el arte de la fuga

Al poner el pie en el estribo del autobús sentí el impulso de darme la vuelta, como si alguien me hubiera gritado o me hubiera dado unos leves golpes en el hombro para que me girara, o ¿quién sabe? como si me hubiera mirado sin más, del modo en que solemos mirar a una persona que nos resulta familiar, conteniéndonos a duras penas para no gritar su nombre (¿pero qué nombre?), o del modo en que observamos al otro alejarse y lo acompañamos con la mirada hasta perderlo de vista, mientras permanecemos de pie en la ventana o en la puerta del jardín con una mano aferrada a la verja de color verde o negro, y sin ningún motivo concreto y aun sabiendo que va a volver, sentimos una punzada en el corazón, un fuerte deseo de que mire hacia atrás; así que uno concentra la vista en la persona que se aleja, la fija en su nuca o en un punto situado entre sus hombros y deja la mente en blanco, podría decirse que tiene la mirada perdida, y

lo cierto es que la calle se queda pronto desierta, un perro avanza a hurtadillas junto a las paredes de las casas y la mujer contempla ensimismada el rastro del hombre que acaba de esfumarse al otro lado de la esquina. Tiene prisa y camina a paso largo, algo encorvado, lleva en la mano un ramo de flores sujeto con cierta torpeza, pasa por delante de un patio y dirige la vista hacia su interior mientras reduce la marcha hasta casi detenerse, indeciso, después retoma su camino, cruza una calle, otra, ahí está la parada, y el autobús a punto de arrancar, aumenta el ritmo en los últimos metros, alcanza de un salto el estribo y vuelve fugazmente la cabeza para mirar atrás; fui incapaz de resistir la tentación, y no tardé en avergonzarme de mi incontrolado gesto: nadie me había gritado, no había nadie a mi espalda; entonces las ruedas del autobús se pusieron en marcha, subí el último escalón y me metí la mano en el bolsillo para buscar el dinero del billete. Las flores quedaron aplastadas contra el mostrador de la cobradora.<sup>63</sup>

---

<sup>63</sup> En la época en que se sitúa la acción de la novela (con toda probabilidad la Rumanía de la década de 1960), la mayoría de los autobuses urbanos tenían instalado en la parte central un pequeño mostrador en el que se efectuaba la venta de billetes. (N. del T.).

Me senté a espaldas del autobusero y permanecí unos instantes en silencio contemplando las transitadas calles a través de la ventanilla. Luego empecé a susurrarle que tenía mucha prisa: me dirigía a la estación y me daba miedo perder el tren, «¿entiende?, ya voy con retraso y no me apetece correr por los andenes, que nunca sabe uno exactamente en cuál le toca esperar, correr con el abrigo desabrochado, los faldones al viento, la gente se dará la vuelta para mirarme, sorprendida o indignada, de nada servirá que grite, que haga señales con el ramo de flores, agitándolo como una bandera, porque esa mano enorme y rojiza cubierta de venas moverá la palanca aún más deprisa, el tren desaparecerá por la otra punta del andén y yo me quedaré cabizbajo con los brazos caídos». Miro las puntas embarradas de mis zapatos y me pregunto si acaso la culpa no será mía: esa estúpida costumbre de intentar encontrar siempre un culpable, de buscar-

le los tres pies al gato, erre que erre, menuda forma de torturarme. Oigo el silbido de la locomotora cada vez con menos frecuencia, y justo después el largo suspiro de alivio que suelta al detenerse. Me doy la vuelta: la gente se apresura en bajar y el andén se llena enseguida. Todos hablan al mismo tiempo, y al alzar la voz hacen chocar en el aire sus palabras, que se repiten de una boca a otra. Las voces también se asemejan. Las hay más graves y más agudas, pero todas igual de estridentes y roncadas, porque con tanto alboroto no se oye nada y es necesario chillar. Tan incapaces son de quedarse callados que llega un momento en que las palabras terminan por perder su sentido, como si pertenecieran a un idioma desconocido, y uno mira a su alrededor sin saber dónde se encuentra, si lo que ve es real o lo está soñando.

El autobusero lleva una cazadora de piel y parece bastante robusto. Nos separa una especie de ventanilla encajada entre barras de aluminio. Entre el cristal y la de la derecha, que es a la que voy agarrado, un espacio permite que mi voz llegue hasta él.

—Por favor, dese prisa. No quisiera perder el tren, ¿sabe? El equipaje lo he llevado antes en el coche de un amigo que se marchaba esta mañana en otro tren.

Está en la consigna de la estación y tiene que darme tiempo a recogerlo. No he salido más temprano porque todavía me quedaban cosas por hacer, tenía que pasar por casa de alguien, bueno, por casa de una mujer.

No tenía sentido decirle el nombre de Maria, ya que de todos modos no sabía quién era, y tampoco creo que conociera a Magda. El autobusero no despegaba los labios, ¡ni que fuera sordomudo! Al cabo de un momento se subió una mujer con una tripa de un tamaño tan inverosímil que parecía llevar una almohada escondida bajo el vestido...

Estaba la mar de a gusto al calor de la cama, así que acomodó la almohada y se dio la vuelta. Notaba cómo le invadía el sueño, pero ni siquiera intentó oponer resistencia. Sabía que de todas formas no iba a conseguir dormirse.

—Levántate, no vayas a llegar tarde —le espetó Maria al tiempo que empezaba a vestirse.

Por toda respuesta, se dio otra vez la vuelta para poder mirarla mientras se ponía la ropa. Después salieron al porche. La mujer se detuvo, se colocó delante de él con la cabeza erguida, le ajustó el nudo de la corbata, le alisó las solapas de la chaqueta con gesto

maternal y lo besó en la mejilla. Al querer devolverle el beso, ella se apartó con un movimiento brusco y descendió los escasos peldaños que los separaban del jardín. La grava crujía bajo sus pies. Tomó el ramo de flores de encima de la mesa del porche y le dio la razón, «la verdad es que tendría que apresurarme un poco». Maria no contestó. Lo acompañó hasta la puerta pintada de verde, donde le soltó un simple «vete», y él se marchó sin mirar atrás. Un perro con hocico de zorro le cortó el paso. En un patio había un hombre gordo sacrificando un cerdo bajo la atenta mirada de un grupo de mujeres ataviadas con vestidos de seda rosa. La sangre borboteaba por entre los adoquines del patio. Curiosamente, el cerdo no emitía sonido alguno. No se detuvo. Prosiguió su camino cada vez más apurado, aunque sentía sobre la espalda la mirada de Maria, que se había quedado con una mano aferrada a la verja. No se giró. Dobló la esquina y fue a dar a una calle por donde circulaba un hombre en bicicleta vestido con una camiseta a rayas y un sombrero de copa. Pedaleaba con decisión, pero sin avanzar apenas. En el portaequipajes colocado detrás del sillín llevaba una malla con unos cuantos peces. Lo más seguro es que volviera de pescar.

Avistó la parada, echó a correr y consiguió alcanzar el autobús justo en el último momento.

Después de sacar el billete, fui a sentarme junto al autobusero.

—Llevo prisa —le advertí.

El hombre se encogió de hombros: poco le importaba.

—Me pidió que la esperara en la estación. Me envió un telegrama. ¿Entiende? Tengo que estar allí, en el andén, con este ramo de rosas, para recibirla como es debido. El tren solo lleva unos diez minutos de retraso, y aunque fueran más, créame, no puedo arriesgarme, porque no conseguiría quitarme nunca de la cabeza la estúpida idea de haberla estado esperando en otro andén que no fuera el suyo, de que el tren de Magda estuviera estacionado en otro sitio, ¿y entonces qué hago? Doy media vuelta y me pongo en marcha lo más rápido posible para llegar al andén contigo. Primero camino a paso largo y después echo a correr hasta el extremo del andén, pero la gente se agolpa en el acceso de al lado y apenas consigo abrirme hueco, así que me detengo. Avanzo otros tantos metros y me vuelvo a detener. Veo a un viejo con una chaqueta de paño y pinta de andar extraviado en me-

dio de esa masa de gente agitada y ruidosa. Va arrastrando una especie de cajón con un asa que parece una maleta de soldado, pero el caso es que ya no tiene edad para estar haciendo la mili, así que yo más bien diría que acaba de salir de la cárcel. En esto que una mujer bastante alta choca contra él al pasar y me quedo mirándola. Total, que al volver la vista al frente ya no hay forma de localizar al viejo.

Mientras decía aquello, iba agarrándome cada vez con más fuerza a la barra de aluminio, hasta que el puño se me puso casi blanco. Me incliné un poco más hacia delante para que me oyera el autobusero.

—Igual a usted le parece una tontería: vale, voy a recoger a una mujer a la estación, ¿y qué? Pero para mí es importante. ¿No podría ir más rápido? O aunque sea acelerar un poco...

Hasta que se le agotó la paciencia:

—No me calientes más la cabeza, hombre, déjame en paz. ¡Si tienes prisa, coge un taxi!

Tenía razón. Aunque con lo transitadas que estaban las calles a aquellas horas, en taxi tampoco hubiera llegado antes. Pero razón no le faltaba, desde luego.

—Usted no tiene la culpa —le susurré con voz amable y algo lisonjera—. La culpa la tienen los de-

más, o puede que el único culpable sea yo, por mucho que a uno le cueste reconocerlo.

Luego me quedé en silencio con la vista puesta en la ventanilla. El autobús se había detenido en un semáforo. Las calles estaban abarrotadas de gente, como era natural, pues debían de ser las cinco o las seis y aún quedaba mucho para que oscureciera. ¿Cómo no lo había pensado y había salido antes? Desde la acera me sonrió una mujer que pasaba por allí: tenía la sonrisa de Maria, una sonrisa en la que solo participaban las comisuras de los labios y los ojos, sobre todo los ojos, negros y alegres. Le hice una señal con el ramo de flores, pero ella volvió la cabeza para otro lado: se estaba haciendo la indignada, o también puede que no me hubiera visto, que no hubiera advertido mi gesto, y que ni siquiera me hubiera estado mirando antes. El autobús volvió a ponerse en marcha, y entonces la mujer me hizo a su vez un gesto con la mano. ¿A mí? Sí, a mí, ¿por qué no? De no haber tenido tanta prisa, creo que me hubiera apeado y me hubiera acercado a ella. O quizá fuera una forma de decirme adiós, después de todo. Pensaría que no volveríamos a vernos nunca y habría querido marcar de algún modo el momento de la separación, pero a falta de

un pañuelo o una bufanda... El tren se estaba alejando, y aquello, como era lógico, lo entristecía. De no haber estado el andén tan abarrotado de gente, probablemente habría gritado. ¿Pero gritar qué, a fin de cuentas? Permaneció con la mirada perdida. Pronto la calle se quedará desierta, y entretanto la mujer sigue contemplando el rastro del hombre que acaba de doblar la esquina. Camina con prisa, a paso largo y algo encorvado hacia delante. Lleva en la mano un ramo de flores sujeto con torpeza, y a punto está de soltarlo cuando ese perro pelirrojo se cruza en su camino. Tras recuperar el equilibrio con dificultad, da unos cuantos pasos a un ritmo más lento mientras respira hondo. Después cruza y gira a la izquierda por una calle larga y recta, una especie de avenida por donde pedalea un ciclista, un señor muy serio que se parece un poco a su padre, aunque su padre no llevaba sombrero de copa, nunca lo llevó. En el portaequipajes brillan unos cuantos peces envueltos en una malla, y sobre ellos descansa una barra de pan. El autobús ya había llegado a la parada, así que eché a correr, porque es una faena que se te escape delante de las narices. Llevaba el abrigo desabrochado con los faldones ondeando al viento y la gente se giraba para mirarme.

Algunos murmuraban indignados: «¡no sé para qué se molesta en correr tanto, si de todas formas ya no lo va a alcanzar!». Y así fue: aquella mano enorme, rojiza y venosa se apresuró en empujar la palanca del acelerador, y el tren desaparecerá por el otro extremo del andén.

—Por favor, dese prisa... Si acelera, puede que aún consiga coger el tren a pesar de todo. Tal vez lleve retraso. Quiero decir, más retraso que de costumbre, e incluso más de lo que han anunciado. A lo mejor se ha quedado bloqueado por el temporal en medio de las montañas y están esperando a que lleguen los equipos con las máquinas quitanieves. El maquinista está muy nervioso y no entiende ni la tranquilidad del jefe de tren ni las ganas de hablar que tiene el revisor. Lo sacan de quicio.

El revisor es un hombre pacífico, otro en su lugar no soportaría al maquinista. Con el fin de evitar una discusión, se encoge de hombros, sale de la cabina de la locomotora y se dirige hacia los vagones para hablar con los viajeros e infundirles ánimos:

—Nada grave, un retraso de dos o tres horas, pero luego lo recuperamos.

—¿Cómo es posible?

—¿Qué quiere que le diga, señora? Yo tampoco me lo explico, porque la nevada no ha sido para tanto, y además el tren que iba delante del nuestro ha pasado silbando como si tal cosa.

Al revisor se le da entonces a su vez por silbar y hace estremecerse al hombre calvo o con la cabeza rapada que viaja en un rincón del compartimento. Lleva una chaqueta de paño gris y parece desorientado, aunque evita hacer demasiados gestos.

—Yo tampoco me lo explico —repite el funcionario.

Si lleva tanto retraso, quiere decirse que voy a llegar con demasiada antelación, que voy a estar en la estación como un bobo, con las rosas estas en la mano. No, tampoco es cuestión de eso. Y además es absurdo: ¿a quién se le ocurre que un tren se vaya a quedar atrapado en la nieve con el calor que hace? ¡Si estamos casi en verano! No, no es posible. Más que una esperanza, es un sinsentido. Así que más me vale tener contento al autobusero.

—¿No podría acelerar un poco, señor conductor? No se lo digo por el equipaje, ¿sabe? O sea, que eso no es lo importante. Creo que el equipaje, las maletas, vaya, las ha enviado con antelación, o por lo me-

nos eso espero. A Magda no le gusta complicarse la vida con las maletas. ¡Menudo temperamento tiene!

—Claro, lo que tú digas —el hombre contemplaba, divertido a la par que conmovido, los esfuerzos que hacía la mujer para introducir toda su ropa en una única maleta. Tenía su gracia verla aplastar con la rodilla la tapa superior, que se resistía a cerrarse. Estaba furiosa.

—¿Por qué no dejas que te ayude?

Solo llevaba puesto el camisón, aquella camisola rosa que dejaba a la vista sus muslos gruesos y bronceados. No quería ayuda. Se iba para siempre, que no pensara que iba a seguir aguantando. Él no decía nada. ¿Qué podía contestar a aquello? Mejor guardar silencio. A él se le había pasado el enfado, así que al final la ayudó a cerrar la maleta a pesar de sus protestas. Al fin y al cabo, ella sabría. Aunque mejor sería que la acompañara a la estación, o que se fuera él antes para comprar el billete. La mujer se sentó al borde de la cama con la mirada fija en alguno de los escasos objetos que decoraban aquella habitación de hotel.

La ascensorista le dedicó una sonrisa tierna con un punto melancólico, pero aquella vez él no le hizo caso. Echó a correr en cuanto pisó la calle. A lo lejos se

veía el autobús en la parada. Justo en el momento en que puse el pie en el estribo, eché un breve vistazo a mi espalda hacia donde se suponía que tendría que haber estado el mar, pero solo logré ver unos cuantos bloques altos y algunos árboles.

Me irritaba lo lento que conducía aquel hombre con la nuca gruesa y rojiza. No servía de nada meterle prisa, era inmune a mis ruegos y no hacía más que detener el autobús en las paradas o en los semáforos, como a propósito.